

Un test ante la polarización

# ¿Qué implica para un cristiano amar en Venezuela hoy?

Pedro Trigo, s.j.\*

La primera pregunta que tenemos que hacernos es si mi concepto de amor es el amor pasional de los boleros y de los medios de comunicación o si el amor al que aspiro y el que ejercito es el que Jesús practicó y expuso en el evangelio

Jesús dijo a sus discípulos en la cena de despedida que permanecieran en su amor amándose unos a otros (Jn 15,9-13). El mensaje es muy sencillo: permanecemos en su amor, si nos amamos unos a otros como él nos ha amado. Ése es el legado que Jesucristo deja a sus discípulos, es decir, a todo el que quiera llamarse cristiano responsablemente. Como queremos ser verdaderos discípulos suyos nos preguntamos con toda sinceridad qué implica para los cristianos amar concretamente en nuestra Venezuela de hoy.

## QUÉ NO ES AMAR Y EN QUÉ HAY PONER EL AMOR

Para comenzar con buen pie, tenemos que deshacer un equívoco y por eso nos preguntamos qué significa amar para Jesús. El equívoco consiste en que lo que entiende por amor el evangelio no es, ciertamente, lo que entienden los mitos de amor del Occidente, que es lo que hemos introyectado en libros, películas y, sobre todo, canciones. Para Jesús amar no es, como decían los griegos, una manía, casi una enfermedad, la posesión de un dios, un sentimiento poderosísimo de atracción respecto de una persona y la inclinación casi irresistible a estar con ella y a entregarse a ella.

En los mitos de amor del Occidente el amor se consume en el abrazo y por eso deja fuera la vida y conduce a la muerte. Todos los mitos de amor del Occidente son trágicos y se dan entre adolescentes ricos. Se dan entre ellos porque solo ellos pueden dejar fuera la vida. Y son trágicos por la misma razón. Por eso el Occidente los confina a la vida privada, para que no alteren perniciosamente la vida pública. Y por eso la vida pública está tan frecuentemente desasistida de amor.

Para el evangelio, en cambio, amar es hacer el bien, bendecir y orar por el que se ama (Lc 6,27). Ahora bien, esto es amor siempre que esa actitud con los demás esté motivada, no por el cumplimiento de un deber ante la propia conciencia o de un mandamiento de Dios, ni para

quedar bien conmigo mismo, ni por pura disciplina voluntarística, sino por un querer radical, por una decisión que brota desde lo más hondo y genuino de uno. Si no es así, no dura y además se percibe que no es amor.

Según la formulación del cuarto evangelio, amar es dar la vida por quien se ama, que es el mayor bien que uno puede hacer a otro: preferirle a él antes que a sí mismo. Por eso dice la primera carta de Juan que él nos amó primero y que nosotros hemos conocido lo que es el amor en que Cristo dio su vida por nosotros (3,16). Como dice Pablo, él dio la vida por nosotros cuando estábamos sin fuerzas para hacer el bien, cuando éramos pecadores, cuando éramos enemigos suyos (Rm 5,6.8.19), y concluye que ésa es la mayor prueba de amor.

La primera pregunta que tenemos que hacernos es si mi concepto de amor es el amor pasional de los boleros y de los medios de comunicación o si el amor al que aspiro y el que ejercito es el que Jesús practicó y expuso en el evangelio.

No podemos evitar preguntarnos si nosotros podemos amar así. La respuesta es obvia: desde nosotros, no. A lo más que podemos llegar, siendo como somos malos, es a darles cosas buenas a quienes queremos, como, por ejemplo, a los hijos (Lc 11,13). Pero el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado (Rm 5,5). Si seguimos el impulso del Espíritu, sí podemos amar como Jesús y como Dios, ya que tenemos el Espíritu de ambos.

### ¿A QUIÉNES TENEMOS QUE AMAR?

#### AMAR A TODOS, A LOS ENEMIGOS

En los evangelios en general el amor que se nos pide es a todos: si no hacemos discriminación y queremos a buenos y malos, a quienes nos quieren y a quienes no nos quieren, seremos hijos de nuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos y pecadores (Mt 5,45). El amor del Padre es incondicional, sale de dentro. Amar como él no es la reacción automática al comportamiento de los demás con nosotros. Ese tipo de comportamiento reactivo no tiene mérito (Mt 5,46-47) ni gracia (Lc 6,32-33). Si queremos ser hijos de Dios, no basta con amar a quienes nos aman, a quienes hemos elegido como nuestro entorno. Tenemos que amar a todos.

Esa universalidad reluce al amar a nuestros enemigos. Así se patentiza que el amor nos sale de dentro, que es un acto de libertad, absoluto, inmotivado, trascendente.

Un test muy sencillo en esta Venezuela polarizada para ver si amo como Dios manda es si todos los días pido por Chávez (si soy antichavista) o por los de la oposición (si soy chavista).

Si pido para que acierten, según lo que es acertar desde el paradigma de Jesús.

#### AMAR A LOS POBRES

Pero para el evangelio hay tres especificaciones de ese amor, cada una diferente y complementarias entre sí. El amor preferencial es el amor a los pobres: es el amor que hereda la vida eterna.

La vida eterna no se merece: la hereda el hijo. Pues bien, hijo de Dios es el que da sus bienes a los pobres (Mc 10,17.21) o se aproxima al necesitado para atenderlo (Lc 10,25,36-37).

Jesús es el propio Hijo de Dios, Buen Samaritano por excelencia: el que sale de su camino, de la comunidad divina, y viene a socorrernos y dar vida con su propia vida.

Pero no solo eso, quienes sirven a los necesitados, sirven al propio Jesús, que se identifica con ellos, y por eso son los benditos del Padre de Jesús, el Hijo del Hombre (Mt 25,34.40).

Hoy servir a los necesitados es ante todo contribuir a su capacitación en todos los campos, para que vivan como sujetos capaces y responsables. No es amar a los pobres convertirlos en manos tendidas y dependientes. Éste es un test decisivo para saber si vivimos como hijos del Dios de Jesús. Quien se encierra en su mundo y no ve a los pobres, está muerto por dentro. También, quien los degrada a la condición de clientes suyos.

#### AMAR A LOS PECADORES

La otra especificación es la de buscar a los pecadores y cargar con ellos. Eso hizo Jesús en contra de la ley de la pureza, reflejada, por ejemplo, en los salmos fariseos, que insisten en que hay que odiar a los pecadores porque Dios los odia (por ejemplo, Sal 139,21-22).

Este proceder de Jesús es explicado y defendido por él, alegando que obra así porque ese es el proceder de su Padre (Lc 15). Por eso recibe el bautismo de penitencia: porque ha puesto en su corazón a todos los pecadores y ha confesado los pecados en primera persona del plural. Por eso, en la cruz, cuando los pecadores lo están matando, vuelve a pedir perdón por ellos.

La prueba de que amamos a los pecadores es si la pregunta que resume nuestras preguntas no es quién tiene la culpa para echarle tremenda descarga sino cómo se arregla esto, qué podemos hacer para componerlo.

#### AMAR A LOS CONDÍSCIPULOS

La tercera especificación es la del amor entre los discípulos. Es el tema del cuarto evangelio y de las cartas del discípulo amado.

También aparece en los sinópticos: los discípulos somos hermanos (Mt 23,8) y tenemos que estar todos al servicio de todos (Mt 23,11;

Mc 10,43-45). El Maestro está entre nosotros (Mt 18,20), cuando nuestras relaciones son para edificarlos: esperarnos, ayudarnos, enseñarnos, soportarnos... en definitiva amarnos, ya que todas las especificaciones no son sino muestras situadas de la versatilidad del amor, según la conclusión, tan atinada de san Agustín: ama y haz lo que quieras. Un tema recurrente en la parte final, exhortativa, de las cartas de Pablo es el conllevarnos en la fe, en el amor mutuo y en las diversas circunstancias de la vida.

Para el cuarto evangelio el amor entre los discípulos es el sacramento de que somos sus discípulos, es decir, la señal convincente de que somos sus discípulos porque, en realidad, es su ejercicio más consumado. El maestro no los trata como discípulos sino como amigos porque se hace transparente a ellos, es decir, porque se manifiesta el secreto en que consiste. En la mentalidad hebrea darse a conocer no es algo primordialmente nocional sino la relación íntima por la que el que toma la iniciativa introduce al otro a lo más profundo de sí. Les da a conocer al Padre introduciéndolos en la relación que tiene con él. Les hace hijos en el Hijo al hacerse su Hermano. Así se lo dice a Magdalena: "dile a mis hermanos: subo a mi Padre que es el Padre de ustedes y a mi Dios que es su Dios" (Jn 20,17).

Así pues, la fraternidad entre los condiscípulos es la señal de que entre ellos vive su Maestro. Solo así pueden presentarse ante los demás como verdaderos cristianos. Ya que el envío de los discípulos al mundo no tiene otro objetivo que expandir esa fraternidad de las hijas e hijos de Dios que ellos viven, y para que expandiéndola, la vivan más profundamente.

Ésta es, pues, la pregunta que nos toca hacernos como cristianos venezolanos: ¿vamos sinceramente en la dirección de querernos como Jesús nos quiere? Esta pregunta es decisiva para el futuro de nuestro cristianismo.

Desde comienzos de siglo ya no se transmite ambientalmente el cristianismo. Esto implica que dejaremos de ser cristianos, si no tomamos personalmente en nuestras manos nuestra condición de cristianos. Somos nosotros quienes tenemos que alimentarla, si es que la vemos como el mayor tesoro que nos ha regalado Dios.

Si estamos empeñados en conocer a Jesús personalmente mediante la contemplación diaria de los evangelios, si tratamos de vivir en el trabajo, en la familia, con los amigos, en la política y en el descanso como auténticos seguidores de Jesús de Nazaret y como verdaderos hijos de Dios, cuando nos encontramos a otros que también trasuntan a Jesús, que viven como auténticos testigos suyos, sentimos una gran alegría y los reconocemos como compañeros de camino, como hermanos en Cristo que nos confirman en la fe que tenemos y nos avivan las ganas de vivir como cristiano. Si podemos, tratamos de

prolongar esos encuentros instaurando una verdadera fraternidad, el embrión de una comunidad cristiana. Ése es el amor específico entre los cristianos.

Este tipo de amor estaba bastante difuminado cuando ser cristiano casi equivalía a ser venezolano porque casi todos eran bautizados de niños y se profesaban cristianos. Hoy ya no se trasmite ambientalmente el cristianismo y el ser cristiano se diluye hasta casi desaparecer o cobra un gran relieve hasta convertirse en una característica que nos define. Cuando sucede esto, tendemos a vivir con otros que también se definen en la práctica y en la intención como cristianos. En estas condiciones la fraternidad cristiana se convierte en un sacramento de nuestro ser cristiano: vivimos entre nosotros la fraternidad de las hijas e hijos de Dios que el Señor nos encarga proclamar como su designio para la humanidad y propagar con todas nuestras fuerzas.

---

\*Miembro del Consejo de redacción de SIC.